

EL BAUL

Tengo un viejo baúl. Un baúl de esos que utilizaban nuestros bisabuelos cuando viajaban en ferrocarriles con locomotoras de carbón y sobre todo en barcos con máquinas de vapor, si, en vapores que atravesaban el Atlántico. Es un baúl grande y negro que para su transporte y manejo requirió en su día uno de aquellos mozos de equipaje con su carrito, su gorra, y su mandil azul: "Feliz viaje señor, que tenga una buena travesía." Y con media reverencia se guardaba las monedas que el viajero, abrigo obscuro con cuello de pieles, sombrero, bastón y guantes claros, había puesto en sus manos negras. Tiene el baúl cinco cajones en su lado derecho, en el izquierdo está el perchero, que se despliega hacia fuera mostrando sus perchas de buena madera para colgar trajes y pantalones. Tiene compartimentados algunos de sus cajones y tiene incluso un maletín para guardar ordenadamente papeles y documentos. Se lo saque a un gitano después de pactar el precio tras varias horas de regateo y dos botellas de vino que ablandaron su espíritu comercial.

Por fuera, unas pegatinas que representan la bahía de San Francisco y el Golden Gate, con fecha de 1937, año de su inauguración, demuestran que efectivamente, el baúl ha cruzado el charco. Y que al menos en una ocasión lo hizo con todas las bendiciones legales, como se deduce de otra etiqueta que reza: Servicio de equipajes. Carabinero... (y una firma ilegible) Reconocido. Dia... de 9 de 1931. Otra etiqueta recuerda un viaje a Cataluña, esta vez en ferrocarril: Estación de Sants. Juanmaria Calv (un agujero) ia. Corg (otro agujero) nº 202. Barcelona. En la parte de arriba, junto al asa, hay dibujadas tres iniciales en letras mayúsculas, tipo imprenta y pintura que alguna vez debió de ser blanca: J.B.R. ¿El propietario? El Baúl conserva aún intacta la marca del fabricante en uno de sus costados. Es una especie de escudo heráldico y medieval, un yelmo con penacho sobre dos alabardas cruzadas, bajo el cual se puede leer el nombre del modelo, Royal robe, y debajo un águila imperial. Todo ello rodeado de lo que parece una corona de laurel. Finalmente, la firma propiamente dicha del fabricante: Seward Trunk & Bag Company, Petersburg Virginia, USA. World's largest baggage Builders.

Todas sus esquinas están reforzadas con unas cantoneras metálicas doradas, que aunque un tanto ajadas y oxidadas, le dan un aspecto bárbaro y señorial. Es un baúl sólido, macizo y robusto. Magníficamente realizado, como ya no se hacen hoy en día. Su interior está entelado en azul. Las asas y las cantoneras de los cajones y sus cerraduras, son metálicas y guardan todo su brillo original. Por dentro está impecable. Una joya.

El baúl aun contenía algunas cosas del último viaje que emprendiera con su último propietario. Había una especie de moneda de origen incierto, grabada

solo por uno de sus lados con una estrella de David israelita; Encontré también la hoja arrancada de un libro en la que por un lado se lee: “Cuento. Los perros de Licurgo” y por el otro, “Letras de oro; El hombre y la mujer”, firmado por Victor Hugo. Uno de los cajones contenía unas tarjetas de hoteles, deliciosas: Hotel Alambra, gran confort, teléfono, agua corriente, calefacción central, baños privados, pensión desde 12,50 pesetas, propiedad y dirección: Bertrán. Valencia. Otra: Hotel Español, phone 8991,112J street, Sacramento, California. Y una tercera en la que se lee: Maria (Almería) Spain, Telephone Whitehall 4-7674 , Hijos de Francisco Navarro, Distillers of Spanish Essential Oils, Growers of Crude Drugs, F.Navarro. 35 So. William Street, New York.

Fue un amigo poeta, quien me propuso un día, ir a visitar a un primo suyo gitano – todos los gitanos son primos suyos – docto comerciante de cachivaches, cerámicas y antigüedades. El almacenuco de Don. Jesús se encontraba, repleto de curiosidades y rodeado de higueras, en un pueblo pesquero, en el que mi amigo el poeta y yo vivíamos –en el mas bonito sentido de la palabra vivir- en una cala de cara al mar Mediterráneo, frente a una isla cuyo perfil recordaba a un fraile que cual buen vecino, saludaba todos los amaneceres a poco que supieras escucharle. Sin otra intención que adquirir, si acaso, algún plato de cerámica, accedí a la invitación de curiosear un rato. Y mientras mi amigo el poeta y Don. Jesús se enzarzaba en una polémica sobre la autoría de un cuadro que por allí acumulaba polvo, “que no hombre, que te digo que es un Murillo, o como poco de su escuela...”, yo, buceaba entre ánforas griegas y romanas robadas del fondo del mar cercano, tropezaba con auténticas máquinas de coser “Singer”, o apartaba con esfuerzo una columna salomónica de algún retablo de altar mayor que me impedía ver una gramola de cuerda, autentica “la voz de su amo”. Un estuche con un octante para medir la altura de los astros llamó mi atención de marino. Estos instrumentos cayeron en desuso cuando la ciencia náutica decidió medirlo todo en grados sexagesimales. No pude, ni quise reprimir mi deseo de sacarlo y admirarlo. Con aquel trasto entre las manos, no resultaba difícil situarse en la época de las grandes travesías oceánicas, la edad de oro de los barcos de vela. Me acerque a una ventana desde la que se alcanzaba a ver la línea azul y clara del horizonte y por unos segundos fui el capitán en la cubierta de su goleta, fusilando el sol para calcular una recta de altura. Juraría que bajo mis pies el suelo se meció al compás de la cubierta de un barco durante un instante mágico. “Que...? vamos bien o estamos perdidos en medio de la mar...”, la voz del poeta me desembarcó de golpe. “¿Te gusta eh?” continuó diciendo, “pídele precio a Jesús, seguro que no se sube a la parra.” No contesté, porque en aquel momento se acercó el dueño de aquel inmenso cajón de sastre diciendo: Nene, mira por ahí hombre, seguro que encuentras alguna cosica bonita para regalarle a la novia...” “No se”, respondí, “hay lujos que no están a mi alcance.” A Jesús no le dio tiempo a decir nada porque mi amigo el poeta ya se lo llevaba cogido del brazo hacia otra parte, pero aun alcance a oír lo que en voz baja le decía a su primo gitano:”No le insistas, que yo se que aquí hay algo para él, pero tiene que descubrirlo solo.” Su voz sonó a trampa y a reto a la vez. Pensé que mi amigo se equivocaba, pues aunque de buen grado hubiera adquirido mas de un objeto de aquella inconmensurable colección de trastos inútiles, mi economía de tripulante de un pesquero, no me lo permitía. Reconozco, eso sí,

que mi amigo el poeta me había puesto un anzuelo con un cebo muy atractivo con sus palabras.

Y en ese momento lo vi. No fue un descubrimiento repentino de esos tipo ¡Eureka, lo encontré! No. Simplemente vi un bulto grande y oscuro que un viejo cabecero de una cama tapaba por un lado y una máquina registradora, de madera y ricamente decorada, ocultaba por encima. Me acerque curioso, apartando un casco de general prusiano de la primera guerra mundial que un figurín de sastre lucía orgulloso y cómico sobre su cuello sin cabeza. Aparté otros trastos que apoyados en él, lo rodeaban ocultándolo a la vista, al tiempo que comenzaba a reconocer aquel bulto oscuro que me iba gustando cada vez mas. Olía a viajes largos, a singladuras en vapores, a transiberianos de todas las estepas. ¿Cuántos mares habría cruzado? Su forma compacta hablaba de aventuras e historias azarosas. ¿Quién guardaría qué tesoros en sus tripas? Me costó un poco abrirlo, pues la cerradura ya había sido violada con anterioridad y alguien en su afán de cerrarlo de nuevo, debió forzar a golpes su mecanismo. Por lo demás estaba intacto. Soberbio. Magnífico.

Antes de abrirlo ya me había dado cuenta de que mi amigo el poeta tenía razón: Era para mi.